

lo que ahora sabemos acerca de las decisiones del gabinete y de las causas que las motivaron. A los ojos del pueblo, el incendio de Moscú fué el comienzo del mas grande de los juicios de Dios, como lo expresa el historiador austriaco Wiarda cuando dice: «En medio de las llamas que devoraban á Moscú apareció Dios, el Señor, y dijo: ¡Hágase la luz! Y la luz se hizo.» La noticia de esta catástrofe afectó profundamente á los mismos gobernantes; pero la impresion que éstos sintieron era motivada, menos por el incendio en sí mismo, que por los sentimientos que este suceso intencionado denotaba. «Esta resolucioén enérgica, — dijo Hardenberg al embajador austriaco, conde Zichy, — parece presagiar una guerra muy distinta de las que hasta el presente se han hecho (1).» Hasta entonces, lo que entristecía al ministro prusiano era precisamente la creencia de que esta guerra seguiría el curso que todas las demás habian seguido para terminar con una paz de la que resultarían una sumisión y una degradación superiores á las que ya habian sido consecuencia de las paces de Tilsit y de Erfurt. Al creer esto, no formulaba mas que una opinion vaga y oscura, pues no sabia lo que hoy podemos afirmar con certeza, á saber: que la paz que Napoleon hubiera dictado en Moscú si Alejandro se la hubiera dejado imponer, habria tenido por consecuencia el aniquilamiento de Prusia y el reparto de sus provincias entre Rusia, Austria, Sajonia, Polonia y Westfalia (2). Hardenberg, presa de la desesperación mas absoluta, desahogó su inconsolable corazón en una carta que en 4 de setiembre de 1812 escribió al conde Metternich (3), el cual, no menos desesperado, le contestó en 5 de octubre (4): uno y otro se animaron, cual si hubiesen sentido el contacto de una varita mágica, cuando supieron á ciencia cierta que esta vez el emperador Alejandro no se habia doblegado, sino que, por el contrario, se habia mantenido firme, imprimiendo de esta suerte á la guerra un sesgo que no podia esperar nadie que se acordara de la actitud del emperador de Rusia en Tilsit y aun en Erfurt.

Entonces comenzaron á animarse las cortes prusiana y austriaca. El rey Federico Guillermo declaró al conde Zichy — cuando el emperador Alejandro, por medio de una carta del conde Liewen, empezó á solicitar alianzas — que él nada podría hacer sin la cooperación del Austria, pero que con el auxilio de ésta no vacilaría en cambiar de sistema y en in-

ceses, pues uno de los principales perjuicios que les causó fué alejar del emperador Alejandro toda idea de negociacion de paz y exaltar al pueblo. Sin embargo, se ha cometido una exageración no pequeña al calificar, como lo suelen hacer los franceses, el incendio de Moscú de causa principal del fracaso de la campaña. Cierto que con él perdieron los franceses algunas cosas que les eran necesarias y que hubieran podido utilizar; pero lo que mas necesitaban eran hombres, y éstos no los habrían encontrado en Moscú aunque el incendio no se hubiese consumado. Hacer avanzar un ejército de 90,000 soldados, compuesto de hombres extenuados y de caballos inútiles, en una cuña de 120 millas dentro de Rusia, teniendo á la derecha un ejército de 110,000 hombres y por todos lados un pueblo armado, era completamente imposible; y por otra parte, la necesidad de hacer frente á todas las comarcas del mundo; la carencia de almacenes y de municiones bastantes, y la dificultad de las comunicaciones, pues no habia para ellas mas que un camino completamente árido, eran circunstancias que hacían imposible una invernada. Si Bonaparte no estaba seguro de poderse sostener durante todo el invierno en Moscú, tenia que emprender la retirada antes de que llegara el invierno, y en este caso poca importancia habia de tener el que esa ciudad quedara en pié ó arruinada. La retirada de Bonaparte era inevitable y su campaña podia considerarse fracasada desde el momento en que el emperador Alejandro se negó á firmar la paz. Todo estaba calculado sobre esta paz, y Bonaparte no se hizo nunca ilusion alguna en este punto.»

(1) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 21.

(2) Véase mas arriba.

(3) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 6.

(4) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 15.

tentar á toda costa reconquistar su independencia y sacudir el yugo extranjero. Al duque de Bassano, en Wilna, y al conde de Saint-Marsan, en Berlin, se les manifestaba simultáneamente que no se enviarían, porque era imposible, las tropas que el emperador francés habia pedido desde Moscú en 16 de octubre; que lo que hasta entonces habia hecho Prusia era superior á sus fuerzas y que mas no podia exigirle mientras el emperador francés no recompensara una adhesión sin igual pagando lo que á Prusia debia, pues desde primeros de octubre ésta habia entregado en vituallas para el gran ejército por valor de mas de 90 millones de francos, sin haber podido conseguir, hasta entonces, que se examinaran sus cuentas, ni siquiera que se le prometiera que le serian pagadas. En 9 de diciembre envió el conde Metternich un largo despacho á Wilna para que el consejero de embajada, Florest, se lo entregara al emperador Napoleon, á su regreso: en él manifestaba que para salir del apuro en que le habia colocado el fracaso completo de la campaña no habia mas que un camino cómodo, cual era una paz general, que solo con la mediación del Austria podia conseguirse (5). Este despacho fué en seguida comunicado secretamente al canciller de Estado, Hardenberg, á quien llenó de las mas halagüeñas esperanzas. El día 13 de diciembre hallábase la corte prusiana en Potsdam presa de febril agitacion á consecuencia de la noticia, apenas creible, comunicada por el maestro de postas de Glogau, de que en esta ciudad se habia presentado en la tarde del 12 Napoleon con una pequeña escolta, continuando su viaje á Dresde. Lo que el día 13 parecia todavía un cuento, fué certeza completa el día 16 de diciembre, cuando Saint-Marsan entregó al rey una carta que el emperador le habia dirigido el 14 desde Dresde y en la cual le manifestaba que despues de la batalla del Beresina habia dejado el mando supremo del ejército al rey de Nápoles para dirigirse apresuradamente á Paris y que de la lealtad del rey de Prusia esperaba que aumentaría su ejército auxiliar hasta 30,000 hombres (6). La cuestion, pues, se presentaba ya clara: la guerra habia fracasado y habia sonado para todos los sojuzgados por Napoleon, hasta entonces nunca vencido, la hora de exclamar: ¡ahora ó nunca!

En 17 de diciembre recibió el rey el primero de aquellos documentos que, á partir de aquel momento, se multiplicaron sin cesar para inducirle á decidirse y á obrar. Hombres que hasta entonces habian consagrado su ingenio y su elocuencia á recomendar la inacción, sentíanse enardecidos y entusiasmados y pedían que se pasara á vias de hecho: un círculo de consejeros que raras veces ó nunca habian podido ponerse de acuerdo manifestaron entonces la unanimidad mas absoluta. ¿Y el rey? Desde el primer momento sintió latir su corazón al compás de los que le rodeaban y que por vez primera estaban acordes. La memoria del consejero de gabinete, Albrecht, formulaba la siguiente conclusion: «Con el Austria ha de aprovecharse este momento propicio que nos ofrece la suerte; con el Austria y con Rusia ha de prosperar ahora ó nunca la empresa.» A propósito de estas palabras manifestó el rey que «reflejaban casi textualmente sus propias ideas acerca de aquel momento supremo y decisivo,» pero añadió: «Sin embargo, todavía no sabemos á punto fijo si Austria hace causa comun con Francia (7).» En igual sentido que Albrecht se expresaron, en los días siguientes, el general Tauenzien, el ex-embajador en Paris Brockhausen, el ayo del príncipe, Ancillon, y el coronel Knesbeck, cuya memoria fechada en 23 de diciembre comenzaba con estas

(5) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 36.

(6) Duncker: *De la época de Federico el Grande y de Federico Guillermo III*, pág. 453.

(7) Duncker, págs. 453-454.

palabras: «¡Ya es tiempo! La suerte de los Estados depende de momentos: aprovechar los favorables los engrandece; dejarlos pasar sin utilizarlos es causa de su ruina. La historia universal ofrece ahora uno de estos momentos: ha llegado el tiempo oportuno de salvar la libertad de Europa: los Estados que lo aprovechen volverán á ser independientes; los que lo desperdicien se consumirán eternamente atados á sus cadenas y no serán dignos de ver mejorada su suerte: *Le 6 octobre j'étois encore maître de l'Europe et maintenant je ne le suis plus* (el día 6 de octubre era yo todavía dueño de la Europa y ahora no lo soy), decia Napoleon en Varsovia, y así es: Napoleon comprende su situación. ¡Comprendámosla también nosotros! ¡La Nemesi ha despertado! El bien ha de vencer nuevamente al mal, la libertad á la tiranía, la verdad á la mentira. ¡Ojalá que así lo haga la diosa justiciera! ¡Ojalá que se alce de nuevo todo lo que está oprimido, volviendo á su antiguo sitio! ¡Y tú también, patria mia, levántate otra vez y recobra el puesto que te corresponde así por la ilustración de tu pueblo como por los humanos sentimientos de tu soberano!»

Hardenberg, por encargo del rey, celebró en 25 de diciembre con Knesbeck y Ancillon una conferencia, de cuyo resultado dió cuenta al monarca en una extensa comunicacion fechada el día 26, que comenzaba con las siguientes palabras: «Ha llegado, por fin, el momento en que Prusia debe obrar, y obrar rápidamente, para recobrar su independencia y sacudir el yugo bajo el cual se ha ido hasta ahora consumiendo. Exigen imperiosamente esta decision, no solo los intereses del porvenir, sino también la situación geográfica de Prusia y los peligros que amenazan á la persona del rey y á todas las personas de la casa real. La nacion entera espera con impaciencia ver obrar al gobierno enérgicamente, habiéndose levantado ya muchas voces que así lo solicitan: si el gobierno se niega á ello, es de temer que ocurran insurrecciones y movimientos populares (1).» El rey se hallaba desde un principio conforme con el objeto que unánimemente señalaban todas estas voces. «Es preciso dar golpes y aniquilar,» escribia en 28 de diciembre al gran canceller el monarca en otro tiempo tan pacífico (2), de suerte que no podia haber disidencia alguna respecto de la necesidad de aprovechar aquel momento y de adoptar para ello los medios oportunos. Pero entre estos medios habia uno de capital importancia, que los hombres de aquel tiempo no conocían, que la posteridad ha podido, en nuestros días, conocer y cuyo desconocimiento ha sido causa de que se emitieran los mas equivocados juicios acerca del rey. Este medio consistía en una política fingida que exteriormente persistiera en la alianza francesa, gracias á lo cual habian de disimularse, y se disimularon en efecto, los trabajos diplomáticos preliminares de la guerra de liberación. La apurada situación en que se encontraban entonces el monarca y la monarquía era de tal naturaleza que en Potsdam se consideraba necesario dar al aumento del ejército, indispensable para la liberación, el carácter de cumplimiento de la petición hecha por Napoleon para que se reforzara el ejército auxiliar, que tan relevantes servicios le habia hasta entonces prestado. Tanta confianza tenia Hardenberg en el modo de pensar del conde Metternich, que conocía por su correspondencia íntima, que consideró la defensa incondicional que el conde hacia de la paz universal como el comienzo de una política cuyo objetivo era al propio tiempo la guerra de liberación. De ello dedujo la necesidad de concertar inmediatamente una alianza secreta ofensiva y defensiva con el Austria; pero consideró que

(1) Ompteda: *Para la historia alemana*, tomo III, pág. 330.

(2) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 46.

hasta tanto que ésta estuviese firmada y los aprestos de ambas potencias terminados, «era absolutamente preciso seguir aparentemente en buena armonía con Francia.» Por tanto, cuando se dieron al coronel Knesbeck instrucciones para la misión que habia de desempeñar cerca de la corte de Viena, se le dijo con gran insistencia que «hasta que todo estuviese perfectamente preparado para llevar el plan á ejecución, el interés de ambas potencias exigía que se continuara representando con tanta prudencia como habilidad el papel de fiel aliado de Francia, manteniendo á esta potencia en una confianza completa y procurando no rechazar expresamente las nuevas exigencias que pudiera formular y alentarla con esperanzas ilusorias (3).» Este papel fué desempeñado magistralmente y la política de aparente lealtad y de fingida concordia fué representada con naturalidad y verdad tales, que todo el mundo cayó en el engaño. No fueron los franceses los únicos que nada sospecharon de cuanto se tramaba; el mismo pueblo se engañó también acerca de las intenciones de su rey y creyó ver una contradicción y aun una resistencia á sus mas ardientes pretensiones en aquello que precisamente significaba todo lo contrario. Este era el único lado peligroso de la cuestion, y lo era tanto, que á ser posible, él por sí solo hubiera sido motivo suficiente para abandonar esta política de fingimiento; pero esta posibilidad no existía, como nos lo demuestra, entre otras muchas cosas, la situación personal del monarca y de su familia.

En virtud del artículo 4.º del tratado de 24 de febrero de 1812, la guarnición de Potsdam se componía de 1,200 prusianos. Las tropas francesas acantonadas en Berlin y en Spandau constaban de un contingente de 12,000 hombres y el general que las mandaba, que era el mariscal Augereau, duque de Castiglione, tenia instrucciones concretas ó estaba indudablemente autorizado para apoderarse de Federico Guillermo, al primer movimiento sospechoso, y llevarlo á Francia en rehenes de la fidelidad de Prusia á la alianza. El rey, expuesto sin defensa alguna cada día y á cada hora á este acto de violencia y colocado en una situación que le hacia en cierto modo prisionero de guerra de los franceses, echó mano de la única arma que no puede arrebatare al oprimido, á saber: el arma de la astucia y del disimulo. Hasta qué punto hubo el monarca de violentarse para ello, comprendieron sus jóvenes hijos, de una manera completa, cuando en 2 de enero de 1813 el mayor conde Henckel de Donnersmark llegó á Potsdam con un despacho del general York (4). Interiormente el corazón del monarca rebosaba de alegría y exteriormente tuvo que fingir consternación y cólera, ocultando, no negando, á los que eran carne de su carne y sangre de su sangre la emoción que tan violentamente se agitaba en su pecho. El rey creía que el paso que ya habia dado York era un suceso inminente, pero no realizado todavía, cuando le dió ya la forma en que habia de aparecer á los ojos del enemigo para evitar un rompimiento prematuro. El día 3 de enero, Hardenberg manifestó al conde Saint-Marsan que segun se desprendía de las noticias llevadas por el conde Henckel, los generales York y Massenbach estaban por todas partes rodeados de fuerzas enemigas muy superiores é imposibilitados, por lo tanto, de dirigirse á Tilsit, donde en vano les esperaba el duque de Tarento, cuyas propias culpas eran causa de la lamentable suerte de que se veía víc-

(3) Como Scharnhorst habia aconsejado en 8 de agosto de 1808: «Si los franceses hacen alguna proposición, no queda mas recurso que tomarla en consideración y hacer ver como que se acepta; este es el único medio de disimular de tal manera nuestros verdaderos pensamientos, que puedan permanecer por algun tiempo ocultos á los ojos del experto impostor.» Pertz: *Stein*, tomo II, pág. 198.

(4) Véase anteriormente.

tima su vanguardia (1); añadiéndole que el rey estaba aflijidísimo por este acontecimiento extraordinario. El día 4 de enero partió Knesebeck en dirección á Viena, y aquel mismo día comían juntos Hardenberg y el mariscal Augereau en Berlín, en compañía del conde Saint-Marsan, del príncipe Hatzfeld y del conde Narbonne, ayudante de Napoleón, que con éste había regresado de Rusia. Estando de sobremesa, un correo de Königsberg llevó á Saint-Marsan noticia del tratado firmado por York, de la carta de éste á Macdonald y de la comunicación que sobre este asunto había enviado Macdonald á Berthier. Grande fué la impresión que tales noticias causaron. Hardenberg, que había previsto la desgracia, añade en su *Diario*: «Inusitado movimiento entre los france-



Ernesto Mauricio Arndt. - De un grabado de C. T. Riedel.

ses: se acuerda el envío de Hatzfeld á París y la destitución de York. El mando á Kleist, carta al rey de Nápoles que ponía á Kleist á las órdenes de éste. Por la noche al palacio

(1) Sobre este particular poseemos un dato debido á la propia pluma del emperador Guillermo, que ha sido por primera vez publicado por Pertz (*Gneisenau*, tomo III, págs. 735-737) en 1869 y que creemos necesario reproducir para darle mayor publicidad. «El rey, nuestro padre, se disponía á dar su acostumbrado paseo de la tarde con el príncipe heredero, el príncipe Federico, y conmigo, cuando, á cosa de las tres, se presentó en el Invernadero del jardín nuevo, donde habíamos comido, el conde Henckel con su despacho (del 26), é inmediatamente el rey, diciéndonos que le esperáramos, le ordenó que le siguiera á un sitio algo distante del en que nos encontrábamos. A la media hora próximamente - tiempo que nosotros pasamos poseídos de la mayor ansiedad - acercóse nuevamente el rey, en cuyo semblante estaba retratada la alegría, que hacía mucho tiempo no habíamos visto en él y que nos causó tanta mayor sorpresa cuanto que estaba en abierta contradicción con las palabras que nos dirigió á nosotros y á los ayudantes y ayos que allí se encontraban. «El conde Henckel, - dijo el rey, - me ha traído una mala noticia: York ha capitulado con su cuerpo de ejército, y se halla, por tanto, prisionero de los rusos: parece que se reproducen los tiempos de 1806.» Todos estábamos como petrificados, pero el rey, despues de haber enviado al conde Henckel á Berlín, nos mandó emprender el paseo, y nos refirió mientras paseábamos la habilidad y la rapidez con que el general Diebitsch había cercado con numerosas fuerzas el cuerpo de York, cortándole la retirada y obligándole á capitular. A pesar de esto, nuestro padre conservaba visiblemente un buen humor que en el curso de aquel mismo día se demostró en otro accidente insignificante. Había-

real y luego á casa de Saint-Marsan. Natzmer es enviado con la carta al rey de Nápoles, pero con instrucciones secretas para el emperador de Rusia.»

Estas palabras de Hardenberg nos permiten descubrir en cierto modo *infraganti* la doble política de la corte. Hardenberg estaba tan perfectamente preparado para el suceso que aterrizaba á los franceses, que inmediatamente despues de haber llegado la infausta nueva hubiera podido, sin consultar previamente con el rey, discutir con Saint-Marsan las medidas necesarias para demostrar la completa inculpabilidad del monarca. Cuando hubo recibido de Saint-Marsan las cartas de York y de Macdonald, con una nota concebida en términos conminatorios, marchó á Potsdam para avistarse con el rey, y aquella misma noche estuvo de vuelta y manifestó inmediatamente á Saint-Marsan que el rey estaba admirado é indignado del acto de rebeldía realizado por York, añadiendo que sus primeras palabras habían sido: «Este golpe es para dejar aterrado á cualquiera. ¿Qué hacer ahora (2)?» y que *incontinenti* había aprobado las medidas adoptadas contra York y contra lo que éste había hecho. La mas dura de estas medidas había sido la carta autógrafa que el rey enviaba al rey de Nápoles, y de que fué portador, en 5 de enero, el mayor Natzmer. Decíase en ella á propósito de la capitulación: «Esta medida ha excitado mi indignación tanto como mi sorpresa. Mi ayudante, el mayor Natzmer, que entregará esta carta á V. M., es portador de las órdenes que envío al general Kleist para que inmediatamente se encargue del mando supremo de mi cuerpo de ejército y destituya y reduzca á prisión al general York. Creo innecesario decirlo que no apruebo el convenio. Por lo que hace á las disposiciones que acerca de las tropas deben adoptarse, cosa es ésta que, en virtud del tratado de alianza, corresponde á S. M. el emperador, y en la actualidad á V. M., su repre-

sentante. Sírvase V. M., pues, dar al general Kleist las órdenes oportunas y presentarle al mayor Natzmer (1).» Natzmer partió efectivamente el día 5 de enero hácia Elbing y el día 9 entregó la carta al rey de Nápoles, despues de lo cual, en vez de dirigirse, como éste creía, á Königsberg para destituir y prender á York, marchó hácia donde estaba el emperador Alejandro, - cuyas tropas, por otra parte, no le hubieran dejado ir á Königsberg, - á fin de manifestarle por encargo verbal del rey, que aprobaba el convenio de York, pero que no podía reconocerlo públicamente y que, por lo tanto, no le era dado concederle su formal sanción, añadiendo que si el emperador ordenaba inmediatamente á sus tropas que atravesaran el Vístula y avanzaran sobre el Oder, el rey estaba dispuesto á firmar con él una alianza ofensiva y defensiva contra Francia (2). Como esta segunda misión era la verdadera, y la otra y la carta no eran mas que una comedia, Hardenberg se expresó con toda propiedad al decir en su *Diario*, con fecha de 5 de enero: «Natzmer es enviado al emperador Alejandro, pero antes ha de verse con el rey de Nápoles, con quien se reunió en Elbing.»

La desautorización de York y de su obra obedecía á un fundamento especial. La exclamación de estupor que Hardenberg transmitió á Saint-Marsan como procedente de labios del rey es perfectamente verosímil, pero no puede ser interpretada tal como en otro tiempo lo ha sido, pues que no se refería á lo que York había hecho en Tauroggen, sino

mos sido invitados á un baile que por la noche daba el primer presidente, Bassewitz, pero despues de haber recibido tan triste noticia resolvimos no ir á él. Cuando el rey nos vió aparecer á la hora del té, preguntónos: - ¿Vais al baile, segun tengo entendido? - y al explicarle el príncipe heredero por qué habíamos decidido no asistir á la fiesta, nos dijo: - Esto no debiera haberos detenido. - Esta manifestación, junto con el buen humor de que ya he hablado y que continuó durante toda la noche, nos confundió á los dos de tal manera, que despues de haber tomado el té, pedimos á nuestros ayos una explicación que no pudieron darnos, porque nada sabían tampoco de la verdad de lo ocurrido. En cambio, á la mañana siguiente nos hablaron de un extraño rumor que durante el baile había circulado y que no parecía menos increíble que la capitulación, á saber: que York no había capitulado, sino que se había pasado á los rusos ó había firmado por sí y ante sí la paz con ellos. Y en efecto, esta era la versión que había circulado de la decisión adoptada por York, versión que se fundaba en las cartas particulares traídas por Henckel y divulgadas imprudentemente, y que había producido, especialmente en el baile, una explosión de júbilo que el rey no pudo mostrar públicamente, por mas que interiormente lo experimentara. Por el contrario, hacíase indispensable, si no se quería disgustar prematuramente á Francia y atraer sobre la ciudad, la nación y el trono un acto peligroso de violencia de parte del mariscal Augereau, que el rey manifestara pública y enérgicamente el disgusto (fingido) que le había causado la capitulación. Así lo hizo al día siguiente (3 de enero): aprovechando la coyuntura del acto de dar el santo y seña, que, segun el servicio entonces en uso, se verificaba á las 11. Entonces dijo con tono severo al comandante coronel Cassel: «He sabido que en el baile de ayer se propagaron noticias completamente falsas acerca del cuerpo de ejército de York: yo solo soy el que tengo noticias positivas y exactas: York ha capitulado y será juzgado por un consejo de guerra: procurad que esta noticia, única verdadera, circule y apague todos los demás rumores.» Pero inmediatamente recobró el rey su buen humor y todos comprendieron el sentido en que habían de ser tomadas sus palabras: nosotros, imaginaciones jóvenes, no podíamos explicarnos todavía lo que ocurría, hasta que poco á poco nuestros ayos nos revelaron el misterio, exigiéndonos el mas absoluto silencio.»

(2) Memoria de Saint-Marsan, de 5 de junio. Fain: *Manuscrito de 1813*, tomo I, págs. 205-206. Stern ha publicado su memoria de 4 de enero en su obra: *Disertaciones y documentos*, págs. 398-399.

reý estaba dispuesto á firmar con él una alianza ofensiva y defensiva contra Francia (2). Como esta segunda misión era la verdadera, y la otra y la carta no eran mas que una comedia, Hardenberg se expresó con toda propiedad al decir en su *Diario*, con fecha de 5 de enero: «Natzmer es enviado al emperador Alejandro, pero antes ha de verse con el rey de Nápoles, con quien se reunió en Elbing.»

La desautorización de York y de su obra obedecía á un fundamento especial. La exclamación de estupor que Hardenberg transmitió á Saint-Marsan como procedente de labios del rey es perfectamente verosímil, pero no puede ser interpretada tal como en otro tiempo lo ha sido, pues que no se refería á lo que York había hecho en Tauroggen, sino



Artillería de á caballo y tren de artillería del ejército francés

á lo que había escrito á Macdonald. El párrafo en que hablaba de negociaciones entabladas entre los beligerantes fué una lamentable imprudencia que los franceses podían, aunque no debían, interpretar como una confesión involuntaria de un complot, en virtud del cual el general hubiera obrado de acuerdo con el rey por un lado y con los rusos por otro. El rey, al leer aquello, hubo de creer, en su consecuencia, que se había descubierto su juego aun antes de pasar de la categoría de proyecto, tanto mas cuanto que no conocía el texto del convenio (3) é ignoraba la prudencia con que en él había reservado York su libertad de decisión. Una observación de Hardenberg confirma nuestra creencia. Hallábase éste, en 6 de enero, comiendo con el embajador hannoveriano Ompteda, á quien refería minuciosamente el gran acontecimiento del día «sin mostrar por ello gran inquietud;» despues de haberle explicado las resoluciones adopta-

das por el rey contra York, añadió que el asunto era penoso por su forma, que el general York había procedido injustamente, que había sido de todo punto falsa la suposición de que en su correspondencia se hubiese mezclado en cuestiones políticas y hubiese supuesto negociaciones que no se habían entablado, y que por lo mismo el rey, para mantenerse fiel, no había podido obrar de otra suerte. Ompteda manifestó que la resolución adoptada por el rey (de rechazar el convenio) colocaba al cuerpo de ejército en una situación peor que la en que le habría colocado la misma capitulación, pues que se encontraba cercado por todas partes por los rusos, á lo cual contestó el canciller: «Esto es lo que menos cuidado me da; lo principal es no encontrarse antes de tiempo expuesto á la enemistad de Francia, y el general York ha forrado el fondo de la cuba.» Por el modo como Hardenberg hablaba del asunto, comprendió Ompteda que York debía haber recibido instrucciones secretas que había cumplido mas como militar que como diplomático (4). En aná-

(1) Fain, tomo I, págs. 206-207.

(2) Droysen: *York*, tomo II, pág. 119 (5.ª edición, t. I, pág. 371).

(3) Este no llegó á Potsdam hasta el 5 de enero, en que lo llevó allí el mayor Thile (*Diario de Hardenberg*).

(4) Anuario de Ompteda, tomo III, págs. 327-339.